

SANTA MARTINA, VIRGEN Y MÁRTIR

Día 30 de enero

P. Juan Croisset, S.J.

Nació Santa Martina en Roma, de padres tan distinguidos y tan calificados, que su padre fue tres veces cónsul, hacia el principio del siglo II. Eran cristianos, y así criaron á la niña con el mayor cuidado en la piedad cristiana. Desde sus más tiernos años hizo tantos progresos en la virtud, que fue ejemplar y aun confusión de muchos fieles adultos. Penetrada de las verdades de nuestra religión y favorecida de dones celestiales, sólo se ocupaba en obras de caridad, pasando los días en la oración y el retiro. Estaba como escondida dentro de su propia virtud; y al paso que iba creciendo en edad, se iba también adelantando en espíritu.

Imperaba á la sazón Alejandro Severo, que, aunque se mostró benigno con los cristianos, no por eso dejó de haber muchos mártires, entre los cuales fue uno nuestra Martina. Es verosímil que la persecución fuese obra de los ministros del emperador, cubriéndose con las leyes del imperio y con los decretos de los emperadores que no estaban revocados.

Habiendo llegado á noticia de los magistrados que Martina era cristiana, la mandaron comparecer para que diese cuenta de la religión que profesaba. Compareció la santa doncella con modestia tan noble y tan cristiana, que los jueces no pudieron menos de mirarla con respeto, y aun con veneración. La preguntaron luego si era verdad que fuese cristiana. Tengo la dicha de serlo, respondió la Santa con tono firme, y me hacen mucha lástima los que

no logran la misma dicha que yo.

¿Es posible, replicó uno de los jueces, que una doncella de tu entendimiento y de tu espíritu, tan rica y tan hermosa como tú, haya dado en las fantasías y supersticiones de los cristianos? Deja de reconocer por Dios á un hombre que por sus delitos fue crucificado, y ven al templo del grande Apolo á ofrecerle sacrificio. Este dios, á quien profesa singular devoción nuestro emperador Augusto, derramará sobre ti á manos llenas beneficios y favores, luego que le rindas aquella veneración y aquel culto que por tantos títulos le son debidos.

:

«Como no reconozco otro Dios más que el único á quien adoro, replicó Martina, tampoco debo rendir á otro veneración ni culto. Mi mayor nobleza y prenda mayor de que me precio es ser cristiana; teniendo también por la mayor de todas las felicidades el derramar toda mi sangre y ofrecer mi vida en defensa de mi religión. Admiróme, ciertamente, que unos hombres como vosotros, entendidos, discretos y capaces, tengáis por Dios á una estatua de mármol ó de bronce, fabricada á golpes de martillo por un artífice que vale mucho más que ella. Y, en fin, para que conozcáis por vuestra propia experiencia qué ridículas son esas divinidades quiméricas á quienes dedicáis vuestros cultos, llevadme, si gustáis, al templo de vuestro Apolo, y veréis cómo reduzco á polvo á esa mentida deidad en vuestra misma presencia. »

Irritados los jueces al oír respuesta tan generosa y tan noble, mandaron que fuese conducida al templo de Apolo, para ofrecer sacrificio; y, caso de resistirse á obedecer, que sin remisión alguna fuese atormentada con los mayores suplicios.

Apenas descubrió la Santa el templo, levantó los ojos y las manos al Cielo é hizo esta devota oración: «Dios y Salvador mío, que sacasteis de la nada todas las criaturas, y que todas las reducís á la nada cuando es vuestra voluntad, dignaos de oír la oración de esta humilde sierva vuestra, y haced ver á este ciego pueblo que sólo Vos merecéis nuestra adoración y nuestro culto, y que los ídolos suyos, que son obra de sus manos, son indignos de la menor veneración ».

Apenas acabó la Santa de pronunciar estas palabras, cuando se sintió un espantoso terremoto, que llenó de terror á todos: una parte del templo se desplomó, y la estatua de Apolo quedó hecha mil pedazos. Se oyó la voz del demonio que residía en aquel ídolo, y dijo en tono formidable: «¡Oh Martina, sierva del verdadero Dios, tú me arrojas de mi casa, donde vivía tantos anos ha, y es preciso ceder á la omnipotencia de tu Dios, que va á llenar de calamidades á este imperio».

Fueron testigos de este suceso la mayor parte de los ministros del emperador; y temiendo el furor del pueblo, que atribuía los milagros de los cristianos á magia y encantamiento, mandaron que, sin respeto á la calidad ni á la tierna edad de Martina, fuese apaleada con gruesas varas nudosas, y fuese arañado su rostro con uñas aceradas. Durante este horrible suplicio estaba la santa doncella bendiciendo á Nuestro Señor Jesucristo, y dándole gracias por la merced que la hacía de padecer algo por su santo Nombre y por su gloria. La consoló el Señor y la alentó con una luz celestial, asegurándola que triunfaría de todos sus tormentos. Viendo los verdugos todas estas maravillas, de repente dejaron de atormentarla, y, arrojándose á sus pies, declararon altamente que eran cristianos, y suplicaron á la Santa que los alcanzase del Señor la gracia del martirio. Fueron oídos prontamente, porque el juez les mandó cortar á

todos las cabezas.

No cabía en sí de gozo Santa Martina al ver la victoria que su dulce Esposo Jesucristo acababa de conseguir de sus enemigos; y, como el tirano la instase para que ofreciese sacrificio y no se expusiera á que se ejecutase con ella lo que acababa de ejecutar con los otros, le respondió la santa doncella, con cristiana intrepidez, que los tormentos más crueles eran para ella favores insignes y placeres exquisitos, y que, así, en vano se cansaba en tentar su fe y su constancia. Enfurecido el tirano, mandó que la despedazasen de nuevo con garfios agudos, y que la llevasen arrastrando al templo de Diana; pero apenas apareció en él la Santa, cuando el demonio salió del templo haciendo un espantoso ruido, á que se siguió un rayo que redujo á ceniza la estatua de Diana. No pudiendo el tirano sufrir la injuria que hacía á la religión del emperador aquella tierna doncella, mandó que fuese atormentada con crudelísimos suplicios. Empleóse el hierro y el fuego en martirizar á aquella cristiana heroína, que, en medio de los mayores tormentos, no cesaba de bendecir y de alabar al Señor; hasta que, cansado en fin el tirano, lleno de confusión por verse vencido de una tierna doncellita, la mandó cortar la cabeza, coronando de esta manera con tan glorioso martirio su fe y su virginidad.

Fue siempre célebre en Roma la memoria de esta insigne Santa, en cuyo honor se edificó una capilla en el mismo lugar donde estaba sepultada, junto á la cárcel Mamertina, al pie del monte Capitolino. Pero lo que aumentó mucho más la celebridad de su culto fue la invención y la traslación de sus reliquias en el pontificado de Urbano VIII. Se halló el sagrado cuerpo entre las ruinas de la primitiva iglesia el día 25 de Octubre del año de¹1634. Estaba cerrado en una caja ó ataúd de barro, la cual descansaba sobre una gran piedra, y todo dentro de

un nicho ó de dos estrechas paredes, cubierto de tierra y de cascajo. La cabeza estaba separada en un plato ó bacía de cobre, toda desgastada y medio roída del orín, y daba indicios de ser cabeza de una doncellita de pocos años. Asistió á esta célebre traslación el papa Urbano VIII con gran número de cardenales, y desde entonces creció mucho la devoción á Santa Martina, así en Roma como en toda la Cristiandad.

SAN LESMES, ABAD, PATRÓN DE BURGOS

San Lesmes ó Adelelmo, uno de los más célebres Abades de San Benito, nació en la ciudad de Loudón, al norte de Poitiers, Francia, de muy distinguidos padres en nobleza, riquezas y piedad, los cuales, además de educarle en los principios de la religión cristiana, procuraron instruirle en las ciencias profanas, y cuando entró en la adolescencia le ejercitaron en las armas, según costumbre de los caballeros de su tiempo; obedeciendo Lesmes, pero con inclinación á no seguir la carrera militar. No se contaminó con las costumbres licenciosas que imperaban en la milicia.

Muertos sus padres, oyendo en la iglesia, al tiempo de cantarse el Evangelio, el admirable consejo de Jesucristo sobre perfección, á saber: *Si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto posees y dalo á los pobres*, hicieron en su corazón; tanta impresión estas palabras divinas, que distribuyó entre los necesitados su cuantioso patrimonio, se trasladó á la Auvernia con un solo criado, cuyos vestidos tomó, y, después de haberle recompensado largamente, se despidió de él en el camino, dándole al separarse santos y saludables consejos, sobre todo de no ofender á Dios con el más leve pecado. Dirigió su rumbo á Roma con el fin de visitar los santos lugares que se veneran en aquella capital,

caminando á pie descalzo como un mendigo, pidiendo de puerta en puerta el alimento preciso para pasar la vida. Quiso ver en Issoire, pueblo de Auvergne, al célebre B. Roberto, primer abad del monasterio llamado *Casa de Dios*, quien le rogó se quedase en su compañía para dedicarse al servicio del Señor. No fue posible detenerle por entonces; pero le prometió volver a su lado concluida la peregrinación.

Habiendo llegado á Roma, pasó dos años en satisfacer los deseos de venerar con el mayor fervor y devoción los santos lugares regados con la sangre de tantos mártires, manteniéndose de limosna con los demás mendigos. Habiendo vuelto á cumplir la palabra que dio al abad Roberto, le desconoció á primera vista por lo desfigurado que se puso por el rigor de sus penitencias, y admitiéndole con las demostraciones del mayor aprecio entre los alumnos de aquel monasterio, vistiendo las insignias benedictinas aquel militar de Jesucristo, no dudó las ventajas que se prometía aquella casa de Dios con un individuo de tan eminente virtud. A todos los monjes llenó de admiración su oración continua, su abstinencia, sus ayunos y rigor de penitencia, su profunda obediencia y humildad, tan observante del silencio que sólo hablaba por necesidad, ú obligado del precepto superior, brillante sobre todo en el amor á la paz y concordia entre sus hermanos. Por obediencia recibió el orden sacerdotal, para ser útil á los demás fieles, con el firme propósito de corresponder á tan grande favor del Cielo con mayor suma de virtudes y perfecciones.

Habiendo ascendido el abad del monasterio á la dignidad episcopal, todos los monjes pusieron los ojos en Lesmes para sucesor, cuyo empleo rehusó por cuantos medios son imaginables; pero, vencido al fin á las instancias, tuvo tal acierto en el gobierno, que logró ser agradable á Dios y á los hombres. Pero como todos sus

deseos eran por el retiro, para dedicarse con tranquilidad en altas contemplaciones, por medio de las cuales le dispensaba el Señor extraordinarios consuelos, resentida además de esto, su profunda humildad de los honores que le tributaban en el empleo, le renunció, muy contra la voluntad de los monjes, confesándose indigno del ministerio.

Los asombrosos milagros, que obraba cada día Lesmes, de prodigiosas curaciones con el Santo Nombre de Jesús, al que profesaba tanta devoción que, al proferirlo, inclinaba la cabeza ó fijaba los ojos en tierra en señal de veneración, hicieron célebre la fama de su santidad en todos los confines de Francia é Inglaterra; y no pudiendo conseguir en ellos la apetecida quietud, por la multitud de gentes que acudían á él para consuelo de sus almas y remedio de sus enfermedades, se ofreció ocasión oportuna de disfrutarla en España.

Siendo sabedora Constanza, mujer de Alfonso VI, rey de Castilla y de León, de la santidad y eminente virtud de Lesmes, persuadió á su esposo que le rogase pasar á España, á fin de ilustrarla con su doctrina y ejemplo, necesitada por entonces de varones de su clase, por estar recién conquistada de los moros, los cuales dejaron en ella no poca perversión de costumbres. Se empeñó en ello Alfonso, y condescendió Lesmes, con la condición de que no se le obligase á seguir la corte, pues era su ánimo vivir retirado, para dedicarse con tranquilidad al servicio del Señor. Admitida la propuesta, eligió para su habitación la ermita de San Juan Bautista, contigua á la ciudad de Burgos, donde el rey hizo construir un convento y un hospital con el fin de hospedar á los pobres peregrinos que pasaban á visitar el sepulcro de Santiago en Galicia; cuyo oficio desempeñó con tanto amor, con tanto agrado y entrañable caridad, que sirvió de la mayor admiración á cuantos llegaron á entender el

esmero de su piedad. En vista de lo cual concedió Alfonso muchas posesiones para que invirtiese sus rentas en tan piadosos designios, encomendándose con su real familia y reino á sus poderosas oraciones para con Dios, bien acreditadas en los prodigios que por su mediación obraba cada día. Ocupado en tan loables hechos, llegó el fin de su vida. Quiso el Señor probarle por medio de una grave y aguda enfermedad, en la que dio pruebas de su pacífico sufrimiento y resignación en todo con la voluntad de Dios, mostrando una alegría extraordinaria en los dolores más vivos, ansiosa su alma de verse libre de los vínculos del cuerpo para unirse con Cristo. Recibió de mano del arzobispo de Burgos los Sacramentos con la ternura y devoción propia de su abrasado espíritu, y, después que dio gracias, rogó le llevasen al oratorio de la capilla dicha, y entonando al tiempo de entrar aquellos versos de David: *Sálvame, Señor, en tu nombre, y júzgame en tu virtud; en tus manos encomiendo mi espíritu;* abrazado con un crucifijo, pasó á disfrutar los premios eternos por los años 1097 á 1100, con gran sentimiento de la ciudad, que lloró su falta como la de un amoroso padre, que era el refugio de todas sus necesidades espirituales y corporales. San Lesmes es patrono y abogado especial de Burgos. Su santo cuerpo fue enterrado en la iglesia de San Juan Bautista, aneja á su convento, donde permaneció hasta el 1480, en que fue trasladado á la iglesia hoy parroquial de San Lesmes. En 1835, cuando tantos monumentos artísticos desaparecieron por la revolución atea y por la nefasta desamortización de bienes eclesiásticos, fue destruida la iglesia de San Juan Bautista. El convento se convirtió después en presidio. Hoy, los restos de San Lesmes continúan depositados en la iglesia de su nombre y parroquia, situada también en las afueras de Burgos, cuya ciudad celebra su fiesta con gran solemnidad.

La Misa es de Santa Martina, y la oración es

la que sigue:

iOh Dios, que entre las demás maravillas de tu poder hiciste también victorioso al sexo frágil en los tormentos del martirio! Concédenos benigno la gracia de que, honrando el nacimiento para el Cielo de la bienaventurada Martina, tu virgen y mártir, logremos caminar á Ti, sirviéndonos de guía su ejemplo. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del Eclesiástico, cap. 51, vers. 1.º al 12.

Te glorificaré ioh Señor y Rey!; á Ti alabaré ioh Dios Salvador mío! Gracias tributaré á tu Nombre, porque Tú has sido mi auxiliador y mi protector, y has librado mi cuerpo de la perdición y del lazo de la lengua maligna, y de los labios que urden la mentira, y delante de mis acusadores te has manifestado mi defensor. Y por tu gran misericordia, de la cual tomas nombre, me has librado de los leones que rugían ya prontos á devorarme. De las manos de aquellos que buscaban cómo quitarme la vida, y del tropel de diversas tribulaciones que me cercaron; de la violencia de las llamas, entre las cuales me vi encerrado, y así es que en medio del fuego no fui abrasado; del profundo seno del infierno *ó sepulcro*, y de los labios impuros y del falso testimonio; de un rey inicuo, y de la lengua injusta. Mi alma alabará al Señor hasta la muerte; porque salvas á los que en Ti esperan *con paciencia*, y los libras de las naciones *enemigas*, Señor Dios nuestro.

REFLEXIONES

Sirvamos á Dios con fidelidad; sirvámoslo con perseverancia, que Su Majestad sabrá sacarnos felizmente de todos los malos pasos. Cuanto más se

multipliquen los enemigos y cuanto mayores sean los peligros, más debemos contar con su protección, con tal que no sirvamos á otro dueño.

Es la vida una continua guerra; es menester, pues, que se sepa bajo qué banderas se sirve, y por qué intereses se combate. Navegase por un mar borrascoso y lleno de escollos; si se pierde de vista el norte, no es posible navegar largo tiempo sin sufrir naufragio. Es el mundo un país enemigo; todo es tentación, todo está lleno de emboscadas. Es el domicilio de la injusticia, es el solar de la mala fe; la disimulación es la potencia dominante. Las pasiones, como leones que rugen, no son forasteras, antes están en él avecindadas. Es propiamente región de trabajos y de pesadumbres. No hay rocío del Cielo que temple sus ardores, y crecen las espinas con el riego de las lágrimas, que por eso es valle de ellas. Solamente la multitud de las misericordias del Señor puede conservarnos en medio del mundo, como conservaron á los tres mancebos hebreos entre las llamas del horno. Sólo su misericordia y su brazo omnipotente nos pueden librar de estos leones rugientes, hambrientos siempre, y siempre pronto á despedazarnos. Sólo El puede hacernos escapar de los que nos buscan para quitarnos la vida del alma. Sola su mano benéfica puede aliviarnos de las aflicciones que nos sitian, de la violencia del fuego que nos amenaza, de las entrañas del Infierno en que nos quieren precipitar tantos enemigos. ¿Quién es el que estudia en ganar la buena gracia del Señor? ¿Quién se sacrifica, quién se aflige por merecer su protección? ¿Quién se guarda y se desvela por no caer en tantos y tan grandes peligros? ¿Quién recurre á la oración sin cesar? Y, después de tanto descuido, se extrañará que sean tan pocos los que se salvan. La negligencia con que se vive en el importantísimo negocio de la salvación; la portentosa seguridad con que se camina en medio de tanto riesgo; las pocas ó ningunas

diligencias que se hacen para recobrar la gracia perdida, todo esto acredita y convence que la reprobación es obra de nuestras manos, y que, por nuestra desgracia, trabajamos tanto en esta infeliz obra, que al cabo salimos con ella. ¡Y mientras tanto vivimos con una tranquilidad que puede parecer adormecimiento pernicioso! ¿En qué se fundará esta fatal seguridad?

El Evangelio es de San Mateo, cap. 25 , vers. Lº al 13.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: El Reino de los Cielos es semejante á diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa, de las cuales cinco eran necias y cinco prudentes. Pero las cinco necias, al coger sus lámparas, no se proveyeron de aceite. Al contrario las prudentes junto con las lámparas llevaron aceite en sus vasijas. Como el esposo tardase en venir, se adormecieron todas, y *al fin* se quedaron dormidas. Mas, llegada la media noche, se oyó una voz que gritaba: Mirad que viene el esposo, salidle al encuentro. Al punto se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas. Entonces las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Respondieron las prudentes diciendo: No sea que éste que tenemos no baste para nosotras y para vosotras; mejor es que vayáis á los que le venden y compréis el que os falta. Mientras iban éstas á comprarle, vino el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al cabo vinieron también las otras vírgenes diciendo: ¡Señor, Señor, ábrenos! Pero él respondió, y dijo: En verdad os digo que yo no os conozco. Así que velad vosotros, ya que no sabéis ni el día ni la hora.

MEDITACIÓN

De la reprobación.

PUNTO PRIMERO.—Considera toda la fuerza de aquellas terribles palabras: *No os conozco*. A la hora de la muerte, en aquel momento crítico y decisivo de nuestra eterna suerte, qué triste es oír de la boca del Redentor: *De verdad os digo, no os conozco*. ¡Y esto sin réplica y sin apelación! ¡Qué impresión hará en una pobre alma este decreto fulminante!

La circunstancia hace más vivo el sentimiento y el dolor. Comparecen al mismo tiempo igual número de vírgenes, las cuales son muy bien recibidas. No eran algunas vírgenes de región extraña, ni de diferente condición que la suya; eran las mismas con quienes habían vivido, cuya conducta y cuyos ejemplos habían tenido siempre á la vista, ¡Oh buen Dios, y qué suerte tan diferente! *No sé quién sois; no os conozco*. Así habla, esto dice el mismo Jesucristo. ¡Oh pereza! ¡Oh flojedad! ¡Oh falta de prevención, y qué caro cuestas!

Eran vírgenes, esto es, de vida irreprochable; pero se durmieron, se descuidaron en hacer su provisión. Apagáronse las lámparas por falta de aceite; quisieron acudir por él, pero ya era tarde: llegó el esposo antes de lo que pensaban; en vano gritan que les abran la puerta; respóndeselas de adentro que no las conocen. Esta es vivísima imagen de tantas almas que con pretexto de una vida, al parecer bastantemente cristiana, no se reconoce en ellas otro defecto visible que una falta de providencia, la pereza, la flojedad con que siempre están dilatando para otro tiempo su total enmienda, y la resolución de trabajar con más celo y mayor eficacia en el negocio de su salvación. La vida regalona, ociosa, mundana, sensual y floja nunca fue vida cristiana. ¡Dios mío, cuántas oirán en la hora de la muerte: *No sé quién sois; no os conozco!*

¿Y no tengo yo motivo para temer ser de este número?

i Qué desgracia, dulcísimo Jesús mío, la de un alma redimida con vuestra preciosa sangre, que sólo se perdió por culpa suya! ¡Qué desesperación sería la mía, si con los auxilios que ahora me ofrecéis no evitara esta desgracia!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la reprobación es el colmo de todas las desdichas y el conjunto de todos los males. Todo lo cruel, todo lo desesperado que hay en el mundo, todo se une en un alma reprobada. Tal fue la suerte de las vírgenes necias. Pero ¿somos nosotros más prudentes que ellas? No sólo no tenemos el aceite que ellas fueron á buscar, pero ni quizá lámparas donde echarle. Casi toda la vida estamos dormidos cuando se trata del negocio de nuestra salvación. Vendrá muy presto el Esposo, y acaso está ya en camino. ¡ Cuántos harán esta meditación, á quienes el Esposo dirá: *No os conozco!* ¡Qué desgracia la de los mundanos si esta venida los coge de repente y como de sorpresa! ¡ Qué desesperación la de las personas religiosas si las coge desprevenidas! ¿Acaso nos faltaban medios, y medios muy eficaces, para prevenirnos?

Nuestra salvación siempre es obra de la gracia del Redentor; pero nuestra condenación siempre es obra nuestra. En nuestra mano está hacer las provisiones á tiempo; á las vírgenes necias no les faltaba con qué comprar el aceite; solamente les faltó actividad y vigilancia; el sueño y la ociosidad pudieron más que sus mayores obligaciones. ¡ Oh Dios, qué retrato tan parecido á innumerables almas que tendrán semejante suerte! ¿Y no será quizá retrato dé la mía?

Santa Martina lo renunció todo en la flor de su edad.

Bodas ventajosas, fortuna brillante, alegría del mundo, pompa vana: todo lo sacrificó. Derramó su sangre y dio su vida por evitar la muerte eterna. Cuando amenaza naufragio, todo se arroja al mar. ¡Cosa extraña! Crece la tempestad, aumentase el peligro, y, en vez de aligerar el buque, se le carga más. Esas pasiones tan cuidadosamente fomentadas, esos festines, esos saraos, esas diversiones del Carnaval, ¿nos aseguran en el puerto, nos apartan de los escollos? ¡Cuanta verdad es que nuestra condenación es obra de nuestras manos! Resuelto estoy, Divino Salvador mío, á toda lo que quisieréis hacer de mí para evitar esta desgracia. Si fuere menester sacrificar mis bienes, y aun mi vida, desde luego os lo sacrifico. Hablo, Señor, con todo el corazón, con toda el alma; y así voy desde luego á daros pruebas de mi sinceridad.

JACULATORIAS

No me arrojéis, Señor, de vuestra presencia; y no me privéis de la luz de vuestro santo espíritu.—*Ps.* 50.

¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?— *Matth.*, 16.

PROPÓSITOS

1. Siendo, como es, la reprobación obra de nuestras manos, guardémonos bien de trabajar en ella. Resuélvete eficazmente á huir de todo cuanto pueda precipitarte en esta suma desgracia. El aire del mundo es contagioso; no te expongas á él sin gran necesidad y sin grandes precauciones. Las casas de conversación, las del juego, los saraos, los espectáculos profanos, en una palabra, todas las que se llaman diversiones de Carnestolendas, son sumamente peligrosas. ¡Cuántos comenzaron por aquí su infeliz destino! Resuélvete á no parecer jamás en

ellas. Pero ¿qué dirán? Dirán que temes la peste, que huyes el peligro, que sigues el partido de los cuerdos, que no quieres perderte, que tienes eficaz deseo de salvarte. ¿Podrán decir otra cosa con razón? Trata de tener juicio, y dime si le tendrás procediendo de otra manera.

2. No se pase el día sin que pongas en ejecución lo que has prometido, quizá muchos meses ha, y siempre inútilmente. Si tienes que hacer alguna restitución ó alguna reconciliación, hazla sin demora. Si tu confesor te ha aconsejado algunas devociones ó algunos actos de virtud, practícalos luego. Si has hecho propósito de hacer alguna mortificación, no lo dejes para mañana. Lee hoy mismo en algún libro que te inspire amor á la penitencia, infundiéndote santo horror al Infierno. La devoción ardiente y fervorosa con Cristo Señor nuestro en el sacramento de la Eucaristía, y la tierna devoción con la Santísima Virgen, son grandes señales de predestinación cuando están acompañadas de una vida cristiana. Esfuérgate á tener estas señales, y resuelve desde luego no acostarte nunca sin haber hecho una visita al Santísimo Sacramento y profesar tierna devoción á la Santísima Virgen.